Globethics Repository



Del Sur explotado al Sur marginado
[South exploited south marginalized]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Mármora, Leopoldo
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-08 23:47:55
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220450

Nueva Sociedad Nro.122 Noviembre- Diciembre 1992 , pp. 56-71

Del Sur explotado al Sur marginado. Justicia económica y Justicia ecológica a escala global

Mármora, Leopoldo

Leopoldo Mármora: Cientista social argentino. Profesor de ciencias políticas de la Universidad Libre de Berlín e investigador del Instituto Protestante de Estudios Interdisciplinarios (FESt), Heidelberg.

Junto a las tradicionales pugnas entre los países del Norte y el Sur en torno a la distribución de las riquezas, espacios de mercado, términos de intercambio, etc., se va perfilando con creciente nitidez una nueva línea de confrontación, que tiene como eje la cuestión de cómo repartir los costos de la destrucción ambiental que ocasiona la moderna civilización industrial.

La lógica de los conflictos tradicionales no es transferible a la nueva constelación de conflictos, y tampoco es de esperar ni deseable una polarización global entre el Norte y el Sur. De ambas constelaciones de conflicto emergen más bien distintas esferas de intereses repartidas de ambos lados y múltiples posibilidades para la concertación de alianzas puntuales. Por debajo del nivel global podrían aprovecharse los nuevos márgenes de acción que se abren a la política ambiental y de desarrollo. Eso sí, para que se pueda concretar un «desarrollo sustentable» global, es preciso que las naciones industriales emprendan la reconversión ecológica y faciliten a los países en vías de desarrollo el acceso a las nuevas tecnologías. A su vez, es imperioso que éstos se incorporen de manera activa al mercado mundial sin tampoco darle la espalda a la protección global del medio ambiente.

Desarrollo sustentable: consenso y ambigüedades

«Desarrollo sustentable es aquel que satisface las necesidades del presente sin riesgo de que las futuras generaciones no puedan satisfacer sus propias necesidades» [1]. Desde que en 1987 la Comisión de la ONU para Medio Ambiente y Desarrollo publicó el llamado «Informe Brundtland» esta definición de desarrollo sustentable parece haberse convertido en una fórmula mágica, punto de convergencia de casi todas las instituciones estatales y no estatales ocupadas de la política de desarrollo,

[1] Volker Hauff (ed.): «Unsere gemeinsame Zukunft. Der Brundtland-Bericht der Weltkommission für Umwelt und Entwicklung», Greven 1987, p. 46.

de los gobiernos del Norte y del Sur. La fórmula en cuestión se basa por lo visto en un consenso que cubre desde los siete países capitalistas más poderosos junto al Banco Mundial hasta las agrupaciones más pequeñas de solidaridad con el Tercer Mundo, pasando por las iglesias y las grandes organizaciones de protección ambiental y desarrollo. Esa coincidencia es notable y, agotada la primacía de la ortodoxia neoliberal, permitió reabrir el debate sobre desarrollo y medio ambiente desde una perspectiva global cualitativamente nueva. Esa fase de coincidencias básicas culminó en los preparativos para la conferencia (CNUMAD) celebrada en Río de Janeiro. Las divergencias que surgieron en la reunión misma pusieron en evidencia, sin embargo, las debilidades y lagunas del concepto de «desarrollo sustentable». En el futuro será preciso evitar por un lado que la confrontación manifestada en Río desmienta los avances anteriormente logrados por la vía consensual. Pero también se requerirá evitar que el concepto de «desarrollo sustentable» se utilice como una mera fórmula hueca, más para camuflar los conflictos que para resolverlos con espíritu constructivo. Es indispensable llamar por su nombre a los actores potenciales y los intereses en que están involucrados. Con esa intención planteamos a continuación algunas reflexiones fundamentales sobre el desplazamiento de los conflictos dentro de la relación Norte-Sur.

En las décadas del 50 y el 60 tuvo una amplia acogida la idea de la modernización basada en la imitación del modelo de crecimiento económico vigente en los países más avanzados. Posteriormente, sin embargo, sobrevino un desencanto general. En las sociedades en desarrollo, el crecimiento vino a beneficiar casi exclusivamente a los estratos más altos. El efecto «trickle down» de «propagación por goteo» apenas si se hizo notar. Los pobres se volvieron más pobres y la brecha entre riqueza y pobreza se fue abriendo en el plano nacional, así como entre el Norte y el Sur. A comienzos de los 70 se polarizaron los puntos de vista. En las naciones industrializadas, las políticas de cooperación al desarrollo basadas en la idea del crecimiento y la modernización fueron corregidas y complementadas con una política orientada a la satisfacción de las necesidades básicas; la conclusión a la que se había arribado era que la pobreza no se iba a superar por el largo camino que suponía incrementar el producto social global. La política para el desarrollo debería beneficiar a los pobres de una manera directa. Con esa rectificación, los gobiernos de las naciones industrializadas hacían el intento de salvar el diálogo Norte-Sur sin abandonar su estrategia centrada en la propagación de su propio modelo de modernización. Sin embargo, los representantes de países en desarrollo en foros internacionales llevaron sus reivindicaciones mucho más allá. En sus reclamos planteaban ahora la necesidad de un nuevo orden económico mundial.

La discusión teórica se polarizó en forma análoga. La demanda de disociación desplazó a la de integración en el mercado mundial. Finalmente, en los años 80, todas las teorías y contrateorías tradicionales junto con sus respectivas estrategias de desarrollo entraron en crisis. A ese período se ha dado en denominar «la década perdida» porque en su transcurso empeoraron todos los indicadores tradicionales, tanto económicos como sociales, en los países del llamado Tercer Mundo, especialmente en Africa y América Latina, incrementando el desnivel entre el Norte y el Sur. Entonces cundió el desconcierto. El Norte, liderado por EEUU, no se atuvo ni siquiera a conservar las apariencias de un diálogo con el Sur. El manejo dado a la crisis de endeudamiento evidenció que las naciones ricas tenían la capacidad de imponer pautas y dictar condiciones.

Tanto la estrategia dialogal de los Estados industrializados como la estrategia disociadora del Sur sucumbieron ante las dificultades que entraña su puesta en práctica[2]. Ambas concepciones, la del crecimiento y la de la disociación, tenían algo en común pese a las diferencias: ambas aceptaban la sociedad industrial moderna como el modelo a seguir. Ahora bien: el elemento nuevo en la idea del «desarrollo sustentable» es que incluye una crítica de ese modelo y apunta a la reconversión social y ecológica en los centros mismos de la modernidad. En tanto que las estrategias de desarrollo anteriores iban dirigidas a la periferia (las sociedades industrializadas eran consideradas ya como «desarrolladas» o «modernas»), el concepto de «sustaintability» es de alcance global y procura conjugar tres aspectos: 1. En el Sur, compatibilizar con criterios de protección ecológica la necesidad de combatir la pobreza y crecer económicamente; 2. Lograr mayor democratización y justicia en las relaciones Norte-Sur; y 3. Reconversión ecológica de la economía y la sociedad en las naciones industrializadas.

Ambas concepciones, la del crecimiento y la de la disociación tenían algo en común pese a las diferencias: ambas aceptaban la sociedad industrial moderna como el modelo a seguir.

Cada vez va ganando más terreno la convicción de que también las sociedades industriales están urgidas de reforma. Por primera vez se coloca sobre el tapete la crisis global de la civilización que vincula a los países industrializados con las naciones en vías de desarrollo. El gran mérito del informe Brundtland radica en haber señalado los fenómenos globales de causa y efecto entre el despilfarro en el Norte, la pobreza en el Sur y la destrucción de la naturaleza. El documento plantea bien el

[2]En la obra de U. Menzel: Geschichte der Entwicklungstheorie, Hamburgo, 1991, se trata exhaustivamente la citada crisis.

problema, pero su mayor debilidad quizás radica en no justipreciar adecuadamente las dificultades tanto políticas como técnicas para resolverlo; entre la toma de conciencia y la creación de capacidades para solucionarlo se interponen las diferencias de poder y los conflictos realmente existentes entre el Sur y el Norte. ¿Qué relación guarda entonces la persistencia de esos desequilibrios con la creciente globalización de los problemas en las relaciones internacionales?

De la sociedad industrial a la «sociedad de riesgo»

El debate sobre lo que Ulrich Beck llama «Risikogesellschaft», «la sociedad de riesgo» y la «modernización reflexiva» podría marcar un punto de partida para dar respuesta a esa interrogante. En el centro de sus reflexiones destaca la tesis de que la sociedad misma ha pasado a ser el riesgo predominante. Lo que amenaza su existencia no es ya el control insuficiente de sus contradicciones internas (como los antagonismos de clase) o las resistencias externas (como los caprichos climáticos), sino los riesgos que ella misma engendra[3]. Beck escribe: «El antiguo conflicto industrial capital vs. trabajo gira en torno a valores positivos: utilidades, bienestar, bienes de consumo. El conflicto ecológico supone en cambio fenómenos negativos: pérdidas, destrucción, amenazas»[4]. Según Beck, el trayecto cubierto hasta el momento por las sociedades industriales modernas ha generado riesgos y costos de naturaleza social, ecológica, política y cultural que los países industrializados han logrado «externalizar» de manera para ellos favorable[5]. Existen esferas o espacios externos que se prestan para la reproducción global de la civilización industrial moderna, cargando con los riesgos y costos externalizados de la modernización de los centros. Esas esferas, «colonias», por así decirlo, no sólo en un sentido geográfico sino también funcional, se distinguen por su incapacidad para formular sus intereses y defender sus derechos. Beck cataloga sistemáticamente entre ellas a la mujer y a la naturaleza. En ese mismo sentido agrego yo a la lista el «Tercer Mundo».

---

[3]Thomas Blanke: «Zur Aktualitat des Risikobegriffs» en: U. Beck: Politik in der Risikogesellschaft, Ffm, 1991, p. 275. La noción de «riesgo» tiene su origen en el griego antiguo y el árabe: «risco» es el acto de eludir un escollo en navegación (idem, p. 280). La noción de «riesgo» será empleada en lo sucesivo para señalar en un sentido extenso todas las consecuencias negativas que implica el aprovechamiento del medio ambiente: peligros potenciales, daños reales y costos de reparación.

[4]Ulrich Beck: ibíd., p. 13.

[5]El concepto «externalización» nace en la teoría económica con A. Marshall. A partir de H. Hotelling y W. Kapp se aplica a las secuelas ecológicas del quehacer económico. Aquí se utiliza el concepto de «externalidades» en un sentido aún más amplio para incluir no sólo las funciones económicas y ecológicas, sino también las sociales y políticas.

Las dos configuraciones del conflicto Norte-Sur

En el momento en que las víctimas de la externalización se cercioran de sus derechos, sea en forma directa o por interpósita persona, en el momento que empiezan a articular sus intereses, estalla y se agudiza la lucha por la distribución de los riesgos de la civilización. Dentro de la relación entre los hemisferios norte y sur coexisten dos escenarios conflictivos:

a) En el uno actúan las contradicciones económicas en un sentido restringido (lucha por espacios en el mercado mundial, «Terms of Trade», etc.). Esa disputa la resolvió el Norte en su favor a más tardar en los años 80 al trasladar cada vez más las fuentes de su riqueza de afuera hacia adentro: del comercio desigual con el Sur hacía la dinamización del potencial innovativo intrínseco y el desarrollo de la productividad de su propia fuerza de trabajo. Ese desplazamiento ha traído consigo la marginalización de la mayoría de los países en desarrollo dentro de la tradicional división mundial del trabajo, sin que ello haya ensanchado sus márgenes de acción para un desarrollo autónomo. Sobre todo Africa y América Latina que no han logrado redefinir su papel en la economía mundial o que han optado por un desarrollo volcado exclusivamente hacia el mercado interior, no sólo se ven hoy marginalizadas sino retrotraídas años enteros en la dinámica interna de su desarrollo y en su política social. Otros países en desarrollo, como por ejemplo los del Este asiático, que consiguieron ubicarse en el mercado mundial no como simples proveedores de materias primas, fueron apenas tocados por las turbulencias económicas mundiales y por los vuelcos ocurridos en la década del 80. Esos países consiguieron ensanchar decisivamente sus márgenes de acción frente a las naciones industrializadas y han pasado a ser incluso temidos competidores de las mismas.

b) En el segundo escenario se libran las batallas por la redistribución de los riesgos civilizatorios. La tragedia de Bophal, que dejó 3.000 personas muertas y 200.000 con impedimentos y lesiones permanentes, es el ejemplo más conocido de lo que puede suceder cuando las compañías internacionales adoptan normas de seguridad industrial muy inferiores a las vigentes en sus países de origen. Cientos de fábricas parecidas han sido vendidas al Tercer Mundo (baste nombrar la central electronuclear de Bataan en Filipinas), o trasladadas por las transnacionales para evadir las normas ambientales y sanitarias de sus propios Estados y sociedades. Como ejemplo de productos peligrosos cabe nombrar los fármacos, medicamentos, píldoras anticonceptivas o pesticidas prohibidos hace años en Europa, EEUU o Japón, pero que se siguen vendiendo por empresas de esos países en el Tercer Mundo. Cigarrillos con mayor contenido de alquitrán y nicotina que en los países ricos; de un

tiempo a esta parte, también productos lácteos con niveles extremos de radioactividad debidos al desastre de Chernobyl. Los perjuicios a la salud de los habitantes del Tercer Mundo son horrendos. Se calcula, por ejemplo, que unas 40.000 personas mueren todos los años intoxicadas por pesticidas[6]. El traslado de plantas de producción altamente contaminantes (aluminio, petroquímica) y la exportación de vertidos tóxicos a las naciones periféricas contribuyen a mantener en el Norte un modelo global de producción y consumo, cuyos costos y riesgos la propia opinión pública está cada vez menos dispuesta a aceptar. El hecho de que, vía cooperación al desarrollo, el Sur esté disponible como receptor de productos alimenticios subvencionados por la Comunidad Europea contribuye a paliar los costos de la sobreproducción agraria y obstaculiza así la reforma del mercado agrícola comunitario. Los países fuertemente endeudados del Tercer Mundo son los principales perjudicados de que hasta el momento se hayan postergado las reformas de un sistema financiero e internacional que desde 1971 marcha a la deriva. Todos estos son ejemplos no por cierto de una explotación directa, pero sí de cómo los efectos colaterales y déficit del sistema capitalista mundial - principalmente los ecológicos - son descargados sobre los hombros de los más débiles, y de cómo esto facilita el funcionamiento del sistema en los centros de poder internacional.

En el momento en que las víctimas de la externalización se cercioran de sus derechos, sea en forma directa o por interpósita persona, en el momento que empiezan a articular sus intereses, estalla y se agudiza la lucha por la distribución de los riesgos de la civilización.

¿Hacia una nueva polarización internacional?

Las dos configuraciones del conflicto entre los países del Norte y los del Sur están ligadas entre sí: la destrucción ambiental exportada a la periferia ocasiona costos económicos y miseria; la miseria impide ver los riesgos de mediano o largo plazo y obrar contra ellos. Los mecanismos del mercado mundial posibilitan el saqueo de las materias primas del Sur y la exportación de todo género de tóxicos y desechos inservibles[7]. Es grande la tentación de ver en esto un círculo vicioso o un automatismo consistente en el despojo económico y ecológico del Sur por el Norte[8]. La explotación ecológica - argumentan algunos - agudiza y polariza los antagonismos económicos Norte-Sur y viceversa. Visto así, los países en desarrollo tienen poquísimas oportunidades de escapar de ese círculo vicioso. El desnivel entre ellos y el

[6]V. Ia organización protectora del consumidor «Consumer Union» de Penang (Malasia) en Ch. Grefe/A. Bernstoff (eds.): Zum Beispiel Giftmüll. Gotinga, 1991, p. 64 y sgte.
[7]E. Altvater: Sachzwang Weltmarkt, Hamburgo, 1987, p. 113 y sgtes.
[8] Véase, p. ej., J. Martínez Alier y K. Schlüssmann: La ecología y la economía, México, 1992, p. 14.

mundo desarrollado se agranda en una especie de movimiento de tenazas proveniente de la economía y la ecología. Resulta cada vez más improbable resolver esos desequilibrios. Desde esa óptica, la persistencia del subdesarrollo en la periferia parecería adecuarse a las necesidades de los centros, que podrían seguir explotándola económicamente y exportando hacia ella los costos y riesgos ecológicos. Quién podría poner en duda por ejemplo que muchas empresas multinacionales dañan los intereses de los países en desarrollo doblemente, económicamente al establecerse como oligopolios y ecológicamente al introducir técnicas de producción y comercializar productos prohibidos en sus países de origen. Visto desde esa óptica microsocial, es cierto que el perjuicio ecológico y la explotación económica del Sur se refuerzan mutuamente[9]. Pero también es cierto que ambos procesos, vistos cada uno como un todo, y desde una perspectiva macrosocial no son sincrónicos. Desde una óptica global, hay buenas razones para acentuar con más fuerza las distintas dinámicas que encierran los dos tipos de puja distributiva. Al hacerlo se verá que los países en desarrollo disponen de un potencial de acción mucho mayor de lo que hace suponer la tesis de la polarización y retroalimentación de los conflictos Norte-Sur.

Intereses polarizados-responsabilidades convergentes

Es un hecho que la mayor contaminación global del medio ambiente proviene de los países industriales avanzados. Entre 1950 y 1985, los países industrializados tanto occidentales como orientales provocaron el 82% de las emisiones mundiales de dióxido de carbono (CO_2)[10]. También las emisiones per cápita de gases causantes del efecto invernadero son varias veces mayores en los países industrializados que en los países en vías de desarrollo[11] . El Norte debería dejar de soslayar ese hecho decisivo en las negociaciones internacionales sobre la futura distribución de los derechos de emisión. Por otro lado, el Sur tampoco puede desconocer el hecho de que la degradación ambiental debida a la pobreza y al subdesarrollo aumentan con rapidez mayor que la causada por el hiperdesarrollo[12]. Las emisiones de CO_2 en los países en desarrollo crecen a un ritmo muy superior que en las naciones industriales [13] . Ese hecho contradice la tesis de que el interés del Norte en explotar económi-

[9]Véase al respecto Frank Beckenbach Ökologisch-ökonomische Verteilungskongflikte, Berlín, 1991; y Altvater: op. cit.
[10] R. Loske: «Gewinner und Verlierer in der Weltverschmutzungsordnungk» en Blätter für deutsche und internationale Politik, Nº 12, 1991.
[11]V. E. Simonis: «Klimakonvention: Neuer Konflikt zwischen Industrie - und Entwicklungslandem? en G. Altner et al.: Jahrbuch Okologie 1992, Münich, 1991, p. 140 y sgte.
[12]M. Wöhlke: Umweltzerstorung in der Dritten Welt, Münich, 1989.
[13]Worldwatch Institute Report: Zur Lage der Welt 1990/91, Ffm 1990, p. 18 y sgte. Aun cuando esa situación obedece también al consumo más intenso de energía nuclear, los riesgos de ahí resultantes afectan a los propios países industrializados, y revelan que los márgenes para la externalización de

ca y ecológicamente al Sur es convergente y se complementa y refuerza a sí mismo. Cuanto más desacopladas las economías de los países en desarrollo, cuanto más tiempo permanecen sumidos en el subdesarrollo o en un desarrollo deformado, tanto más rápido aumentan los peligros ecológicos globales que, si bien originados en el Sur, también amenazan al Norte. Hoy mismo hay una serie de países (Brasil, India y China) cuyas emisiones de CO2 igualan y hasta superan las de la mayoría de los países capitalistas industriales, salvo Estados Unidos. Por cada dólar de su producto bruto, Brasil emitió en 1987 más CO2 que el promedio correspondiente a los siete países capitalistas industriales más avanzados del mundo. También en términos absolutos, la emisión de CO2 en Brasil alcanzó niveles iguales al de Gran Bretaña, Italia y Francia juntos. Lo interesante del caso es que esa contaminación no se debe a la influencia del automóvil sino a la quema de la selva amazónica, condicionada por la pobreza y por un desarrollo mal encaminado. Aun habiendo buenas razones para suponer que las naciones industriales las utilizan para distraer la atención pública del hecho de que ellas mismas son las principales causantes del calentamiento atmosférico del globo, esas cifras revelan una clara tendencia: el detrimento económico del Sur acarrea desventajas ecológicas para el Norte. Otros hechos que ejemplifican cómo los riesgos y daños de la modernidad externalizados a la periferia mutan y retornan a los centros son: los flujos de refugiados, el fuerte crecimiento demográfico en las regiones deprimidas, el tráfico de drogas y el aumento rasante de las plantaciones de coca ante la caída de los precios del mercado mundial para los cultivos tradicionales[14].

Protegerse de esas «amenazas» originadas en el subdesarrollo y en el desarrollo deformado es una tarea que las naciones industrializadas no pueden afrontar con los medios tradicionales del poder político y económico. La permeabilidad de las fronteras ya no lo permite. No existe automatismo alguno entre la explotación económica y la ecológica. En el Norte no puede haber un interés objetivo o un imperativo económico que de por sí perpetúen el subdesarrollo y la degradación progresiva del medio ambiente en el Sur. La polarización global entre el Norte y el Sur no es ni inexorable ni deseada para ninguna de las partes.

De la identidad «tercermundista» a un sistema de alianzas

Es de esperar que a menudo se presenten constelaciones de conflictos que induzcan a determinados países del Sur y a otros del Norte a cambiar de bando según las circunstancias. En la pugna contra el proteccionismo agrario de la Comunidad Eu-

los costos y daños de la civilización son cada vez más estrechos.
[14]V. M. Wohlcke: Risiken aus dem Süden, Ebenhausen, 1991.

ropea, algunos países en desarrollo habrán de aliarse con Estados Unidos; en lo relativo al CO2 lo harán con Alemania en contra de EEUU; tratándose de establecer una reserva ecológica en la Antártida, se aliarán con Francia contra EEUU y Alemania. En todos esos casos, determinados países en desarrollo habrán de articular intereses particulares indefendibles desde el punto de vista de la «sustentabilidad». Tomar partido globalmente por el Sur sería tan inútil como condenar globalmente al Norte. Si se aspira a desarrollar una estrategia que lleve a cabo el desarrollo sustentable será preciso revisar una y otra vez las líneas de conflicto sin incurrir en automatismos. No habrá una solución única para todos los problemas del medio ambiente y el desarrollo (p. ej. la condonación global de la deuda a cambio de una protección ambiental también global). Las expectativas que se cifraban hace pocos años con miras a la Conferencia de Río se vieron defraudadas ya antes del evento. La puesta en práctica del «desarrollo sustentable» requiere de un largo proceso dinámico y abierto de aprendizaje y negociaciones. Con eso no se pretende negar la mayor responsabilidad que recae en el Norte. Eso sí, para abrir campos de acción política es indispensable definir esa responsabilidad de una forma más concreta y precisa.

La puesta en práctica del «desarrollo sustentable» requiere de un largo proceso dinámico y abierto de aprendizaje y negociaciones.

¿Hacia un «apartheid» económico mundial?

El Sur ha perdido importancia en las últimas décadas como objeto de interés económico del Norte. Esa pérdida abarca todos sus roles clásicos como a) fuente de materia prima, b) mercado importador y c) como plaza adecuada para la inversión de capitales.

a) De 1970 a 1980, las importaciones de bienes industriales en los países industrializados creció dos veces más rápido (1094%) que las importaciones de materias primas (622%), incluidos los combustibles[15] . El 73,1% de todas las importaciones de las naciones industrializadas fueron en 1989 productos industriales (contra un 26,84% de materias primas)[16]. En 1988, el 84% de las importaciones de productos industriales de los países industrializados de economía de mercado procedieron de países del mismo grupo. Esto es un hecho de conocimiento bastante público. Menos difundida es quizás otra realidad, a saber, que la mayor parte de las materias primas de importación en las naciones industrializadas también son abastecidas

[15]UNCTAD: Handbook of Internacional Trade and Development Statistics, Nueva York, 1991.
[16]GATT: International Trade 1989-90, Ginebra, 1990.

por otras naciones industrializadas: en 1988, constituyeron el 71,1% de todos los productos alimenticios, el 75,2% de todas las materias primas de origen agropecuario y el 73,1% de todos los metales y minerales[17]. La creciente pérdida de importancia de la producción primaria dentro de la economía mundial no es revertible mediante la formación conjunta de carteles (ni siquiera por la OPEP). Las naciones en desarrollo se ven forzadas a saquear sus propios recursos naturales para ofertarlos «a cualquier precio» en los mercados internacionales. Cualquier país que intente divorciarse de esos mercados arriesga graves turbulencias políticas internas, guerras civiles, autoritarismos, fundamentalismos, etc. Por ese motivo son cada vez más los países en desarrollo que buscan modalidades más ventajosas de inserción en la economía mundial sin tener que apelar exclusivamente a las exportaciones tradicionales basadas en materias primas y bajos salarios. La experiencia de los países del Este asiático prueba que, bajo determinadas circunstancias, la exportación de productos de alto valor agregado es posible.

b) Las naciones en vías de desarrollo tampoco ocupan ya el destacado lugar que tenían antes como mercados para los productos del norte. Mientras que en 1955 el 33% de todas las exportaciones industriales de las naciones capitalistas más avanzadas se dirigía hacia la periferia, esa proporción se redujo en 1989 a sólo el 16%. Las naciones asiáticas semi-industrializadas fueron, también en este aspecto, las únicas capaces de seguir su camino ascendente en la economía mundial. Africa y América Latina entraron en colapso.

c) El interés de las multinacionales por los países en desarrollo ha decaído también. Antes de la Segunda Guerra Mundial, esas compañías dirigían a las naciones pobres el 50% de sus inversiones directas en el exterior; en 1950 esa cuota bajó al 40% y en 1980 descendió al 23%[18] . En los años 80 esa tendencia se acentuó todavía más, como lo documenta con elocuencia el caso de Alemania Federal: en 1970 convergieron en el Tercer Mundo el 23,7% de todas las inversiones directas de la RFA, en 1987 el 10,4%, y en 1989 tan sólo el 2,8%. B. H. Kitterer, vocero de la misma, ha formulado con inequívoca claridad la postura de la Cámara Alemana de la Industria y el Comercio al decir: «El interés de las empresas alemanas por los países en desarrollo no va a decaer más porque en los últimos años ya ha llegado a su mínima expresión» [19].

[17]UNCTAD, 1991. Algunos productos primarios conservan su importancia estratégica. Sin embargo, se puede afirmar de un modo general que la proporción cada vez más reducida de esas materias primas que el Norte industrializado debe adquirir en los países en desarrollo queda asegurada sin necesidad de apelar a una política intervencionista.

[18]Ver sobre este tema los trabajos del Centre d'étude et des recherches sur les entreprises multinationales, Paris; y A. Lipietz: Mirages et miracles, París, 1985, p. 93

De cómo el Norte vive a costa del Sur

De lo expuesto anteriormente creo poder extraer la siguiente conclusión: el peligro que se cierne sobre extensas franjas del hemisferio sur es el de quedar relegadas al papel de receptoras crónicas de ayuda destinada exclusivamente a combatir catástrofes[20] . La oportunidad para el Sur no estriba en su apartamiento voluntario del mercado mundial dominado por el Norte. No es la explotación activa sino la tácita marginalización de la política y la economía mundiales lo que hoy representa la fuente principal de desigualdades entre el mundo de los países industrializados y el de los países en vías de desarrollo. Esto no quiere decir que las sociedades industriales más avanzadas no vivan en cierta forma a costa del resto del mundo. La sobre-abundancia en el Norte está en función de la pobreza en el Sur. El Norte tiene necesidad del Sur, pero cada vez menos como un objeto imprescindible y directo de explotación, como el capital necesita del trabajo en el análisis marxista clásico: como fuente primaria de plusvalía y de riqueza. Ni siquiera en lo tocante a la deuda externa necesita el Norte perpetuar la dependencia del Sur. Desde 1985 dispone de suficientes reservas y reaseguros monetarios, de modo que el sistema financiero internacional no se hundirá el día que se anule el pago de la deuda. El papel al que está siendo relegado el Sur es, más bien, el de un simple colchón amortiguador de los efectos negativos no intencionales, generados por la evolución técnico-económica en los centros más avanzados. El Norte necesita del Sur para debilitar las fuerzas sociales que desde el interior de las sociedades industrializadas presionan por la reconversión de las mismas. Las interrelaciones entre la riqueza en el Norte y la miseria en el Sur no son directas, como pudo ser el caso en los tiempos del colonialismo clásico. Los conflictos por la distribución de la riqueza no han desaparecido y conservan su virulencia en muchos aspectos. Pero en la relación mutua Norte-Sur, resulta cada vez más cierto lo que escribe Ulrich Beck acerca de las clases sociales: el antagonismo clasista en torno a la distribución de la riqueza sigue en pie, pero se le superponen nuevas líneas conflictivas referidas a la distribución de los riesgos que lo relativizan.

---

[19]Tomado de Entwicklung und Zusammenarbeit, N° 2, 1990, p. 19. Para el Sur, en cambio, los temas económicos siguen siendo de vital importancia, lo que refleja nuevamente la asimetría de las relaciones. Sin embargo, también se perfila un cambio en la percepción de sus intereses económicos y de cómo hacerlos valer internacionalmente: su disposición a definirse como un bloque de intereses frente a los países industriales ha disminuido en la misma medida en que la táctica de centrar las negociaciones con los mismos en la problemática de las materias primas, es decir en los marcos prefijados de la clásica división mundial del trabajo, se fue revelando como un callejón sin salida.

[20]Muchos de los diseñadores de la política de cooperación ya han comenzado a manifestar su resignación en esos términos, p. ej. U. Menzel, «Die Hilfe hilft nicht, Treuhandschaft ware ein Weg» en Frankfurter Rundschau. En ese nuevo diseño de la política de cooperación, la soberanía de los países receptores de ayuda deja de existir, o aparece como un escollo a soslayar.

Centro y periferia de la modernidad

Ahora bien, dado que el fenómeno de las externalizaciones se remonta a los comienzos de la edad moderna, es válido indagar: ¿en qué momento y cómo se producen esas superposiciones, esos desplazamientos? Mi conclusión es que se producen por la dramática disminución de las posibilidades de descargar los riesgos sobre las periferias. Objetos directos de la explotación y víctimas indirectas de la externalización del moderno capitalismo industrial los ha habido siempre. Lo nuevo consiste en que ahora los riesgos externalizados se revierten hacia los centros de la modernidad en forma de amenazas globales y hasta de costos de reparación cada vez más impostergables.

El proceso de modernización empezó nutriéndose de «colonias», esto es, de esferas geográficas o funcionales periféricas que podían condicionarse desde afuera aunque sus tejidos internos fueran resistentes a los avances de esa misma modernización. Cabe mencionar a modo de ejemplo:

- Los modos de producción preindustriales, y domésticos, como el trabajo femenino no remunerado en el área de reproducción de la fuerza de trabajo, que continuaron en pie y alimentaron a los sectores económicos de estructura ciento por ciento capitalista.

- Un medio ambiente natural aparentemente inagotable sobre el que se podían descargar los costos y riesgos futuros de la industrialización y la civilización técnico-científica.

- Autoridades, jerarquías y convenciones tradicionales que ataban con miles de hilos al individuo al orden establecido sirvieron en su momento también de base a los sistemas políticos modernos.

- La integración sociopolítica y la homogeneización cultural de la población en base a las ideologías nacionales de los Estados modernos permitían compensar deformaciones internas mediante guerras y escaladas de conflictos hacia el exterior.

- El mundo premoderno de las antiguas colonias y ulteriores países en desarrollo constituyeron durante décadas una fuente más de externalizaciones para el Norte.

Ahora los riesgos externalizados se revierten hacia los centros de la modernidad en forma de amenazas globales y hasta de costos de reparación cada vez más impostergables.

Esa situación, sin embargo, no duró eternamente. En la medida en que los procesos de modernización abrieron brechas en todos los ámbitos sociales y se difundieron a través del mundo, los márgenes para la externalización se fueron estrechando. La nacionalización y democratización de los Estados monárquicos en Europa, junto con la «levée en masse» fueron aumentando los potenciales de escalación y exterminio de las guerras modernas. Finalmente el armamento nuclear y el riesgo del autoaniquilamiento restringieron casi a cero la posibilidad de librar guerras en el hemisferio norte. El desarrollo de la producción en grandes escalas absorbió lentamente al sector preindustrial, «prefordista»; la democratización y la individualización aniquilaron los elementos culturales tradicionales, la actividad profesional de la mujer la ayudó a emanciparse, la descolonización del Tercer Mundo y por último las amenazas al ecosistema global (al contrario de las catástrofes de alcance local) fueron recortando una tras otras todas las posibilidades de externalización. Los procesos de racionalización, democratización e industrialización drenaron sus propias bases externas de apoyo. Estallaron y se agudizaron entonces las pugnas por ocupar los espacios restantes cada vez más escasos.

Superabundancia y agotamiento de los recursos naturales

Tomando como ejemplo las materias primas y los recursos naturales, explicaré a continuación con más detalle de qué manera la nueva constelación de conflictos se superpone y relativiza las relaciones Norte-Sur tradicionales, vigentes hasta la década de los 70. Desde la época de las teorías clásicas sobre el imperialismo hasta cuando el Club de Roma pronosticó el agotamiento de los recursos naturales y el conflicto tradicional alcanzó con ello un nuevo clímax, las discusiones sobre el desarrollo se centraban en la pugna por los derechos de propiedad y explotación de las materias primas del Sur. De entonces a esta parte, las reservas naturales de esos productos han resultado ser mucho más abundantes de lo que el primer informe al Club de Roma hacía suponer, lo mismo que los potenciales de eficiencia, de ahorro y sustitución. No es la escasez de recursos sino su superabundancia relativa, incluso de petróleo, lo que constituye hoy por hoy el problema económico a resolver [21].

[21] L. Brock: «Sachzwang zur Kooperation? Ressourcenkonflikte und Nord-Süd-Beziehungen», en Wissenschaftliche Zeitschrift der Humboldt-Universitat zu Berlin, Geistes - und Sozialwissenschaften, Nº 4/5, 1991, p. 76.

En su lugar es otra la escasez que gana importancia cada vez más rápido: los límites de tolerancia y la capacidad de absorción de la tierra, el aire y el agua. Lo que tradicionalmente se entendía por recursos naturales eran las materias primas no renovables de carácter agrario o industrial. Las nuevas líneas de conflicto giran en cambio alrededor de un «recurso» totalmente distinto, los ecosistemas globales capaces en principio de regenerarse ellos mismos, los bosques naturales, los suelos, océanos y la atmósfera. El conflicto por los escasos recursos existentes tiene cada vez menos como eje los derechos de explotación y las formas de disponer de determinadas materias primas no renovables dentro de las fronteras territoriales de los países en desarrollo. Al contrario, van ganando cada vez más terreno los conflictos en torno a lo s derechos de contaminación de los ecosistemas globales. La pugna por el derecho a degradar y contaminar el medio ambiente empieza a desplazar, o por lo menos relativizar, la pugna por la distribución de las riquezas. Los viejos patrones de conflicto no son mecánicamente transferibles a los nuevos. Pues lo que se pretende distribuir equitativamente ahora son pérdidas y no ganancias, con lo que se abre la posibilidad de que a partir de un cierto momento no haya más que perdedores. Desde el punto de vista ecológico, la justicia distributiva perdería su sentido. De ser así, los ricos y poderosos de este mundo obtendrían inesperados argumentos para cuestionar y relativizar la importancia de la equidad en cuanto postulado ético universal. La posición negociadora del hemisferio sur en cuanto a los temas tradicionales del orden económico mundial quedaría entonces aún más debilitada.

El patrón de justicia en la «sociedad de riesgo»

La «justicia global» no es definible como un mero problema distributivo sin considerar la calidad de lo que se ha de distribuir. Eso no cabe tampoco desde el punto de vista de los intereses de Asia, Africa y América Latina. No obstante ello, las negociaciones que culminaron en la CNUMAD no superaron el marco tradicional de pugnas redistributivas[22]; tan sólo aisladamente se dieron intentos de elevar el conflicto a otro nivel. Muy ilustrativo fue el debate durante la redacción de los protocolos de Montreal en 1989 sobre la reducción de la carga atmosférica con clorurofluorcarbonados (CFC). Países como la India y China están en vísperas de emprender la producción masiva de equipos refrigerantes y quieren dejar abierta la opción de hacerlo aplicando los CFC, cuya elaboración no cuesta mucho. Los países en de-

[22] L. Brock, Ibíd.: p. 81. Una cosa que ilustra muy bien el callejón sin salida que supone el debate si se reduce a la distribución equitativa es la polémica metodológica entablada entre el World Ressources Institute de los EEUU y el Centre for Science and Environment de Nueva Delhi sobre las bases para calcular la repartición de las futuras cuotas de CO2. El WRI insiste en las emisiones absolutas, en tanto que el CSE las coloca en relación a la población.

sarrollo, de acuerdo con ese propósito, insistieron en Montreal en que se les concediera una cuota mínima de producción de esas sustancias. Mientras el conflicto se desenvuelva en el plano de la distribución, mientras no se satisfaga suficientemente la demanda de los países en desarrollo necesitados de transferencia financiera y tecnológica para poder producir alternativas y técnicas de poca incidencia en el medio ambiente, serán tres las opciones imaginables como resultado del proceso actual de negociaciones pre y post CNUMAD:

- No se llega a ningún acuerdo, por lo tanto se agrava el riesgo de la autodestrucción colectiva de la humanidad.

- El Norte se impone e impide que el Sur continúe produciendo CFC y emitiendo otros gases, lo que dejaría abiertos por un tiempo algunos márgenes de externalización.

- Se logra encontrar una solución justa para el Sur al tiempo que se limitan las emisiones globales en defensa de la atmósfera. Esto significa por cierto que el Norte debería renunciar a una alicuota mayor de emisiones propias.

Esta última sería la solución «más justa» en el sentido convencional. Esa renuncia a las emisiones por parte de los países industriales sería un requisito indispensable para alcanzar la justicia distributiva y ésta es a su vez una condición necesaria, aunque de ningún modo suficiente, para la equidad global. Si una nación o un grupo de naciones renuncia a una parte de sus emisiones, tarde o temprano acudirán otras en su lugar para aprovecharse de los espacios de externalización así creados. Los actos de renuncia aislados, sin transformaciones socioestructurales, se mueven todavía en el marco de la lógica distributiva. Para que contribuyan a una protección ambiental sustentable en todo el planeta, las soluciones redistributivas en el área de la demanda deben ir acompañadas con cambios en la estructura de la oferta, es decir, de la calidad y las condiciones de producción de la riqueza y el bienestar[23]. No basta con reprimir las necesidades propias de la sociedad consumista. Se requiere superarlas y sublimarlas en nuevos patrones de producción y consumo, lo cual implica una «revolución de la eficiencia»[24], sobre todo en los sectores de la energía y las materias primas[25]. La clave del Desarrollo Sustentable está por lo tanto en manos de las naciones industrializadas. En ellas recaerá la responsabilidad

[23] Para estudiar la aplicación de los conceptos de oferta y demanda a la problemática , ecológica, v. U. E. Simonis: «Entwicklung und Umwelt» en Interdependenzen. Materialien der Stiftung Entwicklung und Frieden Nº 3, Bonn/Bad Godesberg, 1989, p. 68.
[24]A. Lovins: Wirtschaftlichster Energieeinsatz: Losung des CO2-Problems, Karlsruhe, 1983.
[25]J. Goldemberg, entre otros: Energy for a Sustainable World, Nueva Delhi, 1988.

fundamental si las negociaciones en marcha se atascan convertidas en meras pugnas distributivas sin que surja una dinámica cualitativamente nueva en el manejo de los conflictos. Sólo ellas poseen las capacidades económicas y técnicas para una reconversión ecológica perdurable y digna de ser imitada, facilitando el tránsito hacia nuevas estructuras de producción, estilos de vida y patrones de consumo. Esa «modernización reflexiva» en los países del norte debe ir acompañada de medidas que faciliten al resto de naciones el acceso a las nuevas tecnologías compatibles con el entorno, preservadoras de energía y de recursos. El Sur, a su vez, no puede quedarse esperando hasta que el Norte haya concluida su reconversión ecológica, y seguir formulando entretanto sus objetivos y estrategias a lo largo de las viejas líneas de conflictos. Reivindicar un nuevo orden económico mundial en términos iguales a los de los años 70 y utilizar las amenazas al equilibrio ecológico del planeta como medio de presión, resulta muy problemático. En vista de que el disociarse de la economía capitalista mundial ha revelado ser una empresa completamente inútil, el gran instrumento de presión que les queda a los países en desarrollo en medio del actual enfrentamiento es el rechazar la protección global del medio ambiente que el Norte está exigiendo de ellos.

La esencia de nuestras reflexiones al respecto es bien clara: si el Sur se empecina en imitar tardíamente la modernización primaria del Norte, se embarcará en una empresa sin futuro, ya que los riesgos y costos secundarios de ahí resultantes no pueden externalizarse como en los siglos pasados. Así lo indican por ejemplo las reacciones internacionales ante la tala de los bosques selváticos o los controles sanitarios y de sustancias nocivas en las fronteras del mundo industrializado. El Sur no puede seguir indefinidamente denunciando esas restricciones, calificándolas de neoproteccionistas o ecoimperialistas, aunque efectivamente lo sean. La modernización del Sur tendrá que asumir lo antes posible elementos de la misma «modernización reflexiva» que los países más avanzados deberían impulsar con mucha más fuerza. La disociación de la economía mundial y la negativa a sumarse a la protección ambiental global no son medios de presión adecuados para forzar un cambio de conducta de parte del Norte. Por el contrario, el desacoplamiento acentúa las debilidades del Sur frente al mercado mundial y reduce aún más sus márgenes de acción y negociación. Una estrategia apta para resolver los problemas del desarrollo y de la pobreza en el «Tercer Mundo» y para modificar la correlación internacional de fuerzas en pro de un orden económico mundial más justo debe estar en consonancia con las necesidades de la protección ambiental global y con una participación activa en el mercado mundial. Ahora bien: si de parte del Sur sería poco responsable el rechazar la protección global del medio ambiente, menos responsables serían los países industriales impidiendo que las naciones en desarrollo acce-

dieran con mayor facilidad a las nuevas tecnologías y al know-how que sirven para reducir la contaminación y ahorrar energía. Esa disposición para facilitar la transferencia tecnológica, junto con su propia reconversión ecológica darán la medida necesaria para justipreciar la seriedad de las declaraciones del Norte en bien de un «desarrollo sustentable», hasta ahora puramente verbales.

Referencias

*Hauff, Volker, UNSERE GEMEINSAME ZUKUNFT. DER BRUNDTLAND-BERICHT DER WELTKOMISSION FÜR UMWELT UND ENTWICKLUNG. p46 - Greven. 1987; Beck, U. -- Zur Aktualitat des Risikobegriffs.

*Menzel, U., GESCHICHTE DER ENTWICKLUNGSTHEORIE. - Hamburgo, Alemania. 1991; Beck, U. -- Zur Aktualitat des Risikobegriffs.

*Blanke, Thomas, POLITIK IN DER RISIKOGESELLSCHAFT. p275 - 1991; Grefe, Ch.; Bernstoff, A. -- Zur Aktualitat des Risikobegriffs.

*Blanke, Thomas, POLITIK IN DER RISIKOGESELLSCHAFT. p280 - 1991; Altner, G. -- La organización protectora del consumidor «Consumer Unión» de Penang (Malasia).

*Beck, U., POLITIK IN DER RISIKOGESELLSCHAFT. p13 - 1991; Gewinner und Verlierer in der Weltverschmutzungsordnungk.

*Anónimo, ZUM BEISPIEL GIFTMÜLL. p64-65 - Gotinga. 1991; Klimakonvention: Neuer Konflikt zwischen Industrie - und Entwicklungslandem?

*Altvater, E., SACHZWANG WELTMARKT. p113 - Hamburgo, Alemania. 1987; Sachzwang zur Kooperation? Ressourcenkonflikte und Nord-Süd-Beziehungen.

*Martínez-Alier, J.; Schlüssmann, K., LA ECOLOGIA Y LA ECONOMIA. p14 - México. 1992; Sachzwang zur Kooperation? Ressourcenkonflikte und Nord-Süd-Beziehungen.

*Beckenbach, Frank, ÖKOLOGISH-ÖKONOMISCHE VERTEILUNGSKONFLIKTE. - Berlín, Alemania. 1991; Entwicklung und Unwelt.

*Altvater, E., SACHZWANG WELTMARKT. p113 - Hamburgo, Alemania. 1987;

*Loske, R., BLÄTTER FÜR DEUTSCHE UND INTERNATIONALE POLITIK. 12 - 1991;

*Simonis, E., JAHRBUCH ÖKOLOGIE. p140-141 - Münich, Alemania. 1991;

*Wöhlke, M., UMWELTZERSTÖRUNG IN DER DRITTEN WELT. - Münich, Alemania. 1989;

*Worldwatch Institute Report, ZUR LAGE DER WELT 1990/91. p18-19 - 1990;

*Wöhlcke, M., RISIKEN AUS DEM SÜDEN. - Ebenhausen. 1991;

*UNCTAD, HANDBOOK OF INTERNATIONAL TRADE AND DEVELOPMENT STATISTICS. - Nueva York, EEUU. 1991;

*GATT, INTERNATIONAL TRADE 1989-90. - Ginebra. 1990;

*Lipietz, A., MIRAGES ET MIRACLES. p93 - París, Francia. 1985;

*Anónimo, ENTWICLUNG UND ZUSAMMERNARBEIT. 2. p19 - 1990;

*Brock, L., WISSENSCHAFTLICHE ZEITSCHRIFT DER HUMBOLDT-UNIVERSITÄT ZU BERLIN. 4-5. p76 - Geistes - und Sozialwissenschften. 1991;

*Brock, L., WISSENSCHAFTLICHE ZEITSCHRIFT DER HUMBOLDT-UNIVERSITÄT ZU BERLIN. 4-5. p81 - Geistes - und Sozialwissenschften. 1991;

*Simonis, U.E., INTERDEPENDENZEN. MATERIALIEN DER STIFTUNG UND FRIEDEN. 3. p68 - Bonn/Bad Godesberg. 1989;

*Lovins, A., WIRTSCHAFTLICHSTER ENERGIEEINSATZ: LÖSUNG DES CO2 - PROBLEMS. - Karlsruhe. 1983;

*Goldemberg, J., ENERGY FOR A SUSTAINABLE WORLD. - Nueva Delhi. 1988.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 122 Noviembre- Diciembre de 1992, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**